

## I

### EL FIN DE SERRALLONGA

Fue un hombre desmesurado y contradictorio, como la época y el mundo en los que vivió, como la causa a la que a menudo tuvo que servir, como los actos, criminales o no, que cometió... Y contradictorio fue igualmente, para qué engañarnos, el brazo secular que dictó su sentencia.

Poco antes de su último suspiro, en el cadalso dispuesto delante mismo de la sede de la Real Audiencia, él, medio desnudo, era apenas un guiñapo humano abatido y humillado, más un desecho mortal que el arrogante proscrito amo de bosques y caminos. Viéndolo, nadie hubiera dicho que en otros tiempos aquel despojo exánime había sido el cabecilla *nyerro* más temido y respetado de Cataluña; el criminal más perseguido y el más escurridizo; el hombre por el cual las mujeres abandonaban a sus maridos; la pesadilla de los virreyes, los gobernadores, los bailes y los comisarios reales; el último de los grandes y el mayor de todos los asesinos y salteadores de caminos; un hombre embravecido y sin entrañas que, sin embargo, era capaz de demostrar valentía, lealtad y afecto. Es cierto: robó, mató y quemó cosechas, y a su paso extendió

la barbarie; pero también, a su manera y a costa de un cúmulo de muertes violentas —o tal vez, para compensarlas—, en ocasiones supo repartir ternura entre sus allegados.

Despreciable y modélico a la vez, soberbio y admirado, abominado por unos e idolatrado por otros, atractivo y temible como el mismísimo infierno, Joan Sala, el bandolero conocido como Serrallonga, natural de Viladrau y vecino de Querós, campesino expulsado de paz y tregua, leyenda y desazón de nuestros tiempos, murió ajusticiado en Barcelona el lunes día 8 de enero del año del Señor de 1634. Yo, y conmigo una multitud dividida entre la fascinación y la inquina, fui testigo de su final y, a la vez, del surgimiento de una leyenda que cada día crece y se deforma de modo imparable.

Eran aquellos tiempos de desconcierto, de voluntades insatisfechas y de violencia latente. Los bandoleros señoreaban Cataluña gracias al poderío de sus pedreñales y al poder de sus benefactores, que propiciaban y sufragaban sus acciones contra enemigos comunes, los acogían cuando estaban de paso y les brindaban refugio cuando pintaban bastos. ¿Cómo, si no, habrían logrado muchos de ellos zafarse de tantos somatenes como llegaron a convocar los sucesivos virreyes? Cada cual favorecía a su modo a uno u otro bando. Barones y canónigos, campesinos y obispos, jueces y frailes menores, prohombres y menestrales; todo el mundo, incluso aquellos que oficialmente las combatían, buscaba beneficiarse de las acciones que protagonizaban las cuadrillas de proscritos, y por eso toda alma viviente, ya fuera por vínculos personales, territoriales o, simplemente, por simpatía, se declaraba *nyerro* o *cadell*. El bandolerismo era una especie de epidemia descontrolada que nadie estaba realmente dispuesto a erradicar de forma definitiva. Los catalanes parecíamos ajenos al desgaste que

aquellos enfrentamientos provocaban en una tierra cada vez más exhausta y en un Principado otrora señor del Mediterráneo y que en ese tiempo, empobrecido y maltrecho, sometido a una Corona poco dada a respetar Constituciones y usos, estaba a las puertas de emprender una guerra atroz contra Castilla, cuyas consecuencias devastadoras, junto con la peste, superarían con creces las previsiones más lúgubres.

Pero estas reflexiones se apartan de la historia que pretendo narrar, así que dejémoslas aquí y regresemos a la plaça del Rei y al día en que el brazo de la justicia se desplomó inclemente sobre el más célebre de los delincuentes catalanes. Un día de júbilo, claro está, para quienes tenían encargado el difícil cometido de mantener la tierra limpia de facinerosos.

Esa mañana de invierno, a la hora en que el sol recién acababa de iniciar su recorrido por un cielo nítido, aireado y levemente rojizo, la plaza donde Serrallonga sería ejecutado ya estaba abarrotada. Aunque se había anunciado que el acontecimiento se celebraría en la plaça Nova, al final se dispuso que el hombre viera la luz por última vez en el ágora más imponente de la ciudad y frente a las principales autoridades. Ciertamente, por sus pequeñas dimensiones, no era ese el lugar más adecuado para un acto como aquel; el Born era más adecuado para dar cabida a multitudes. Sin embargo, la calidad y el valor representativo de los edificios que rodeaban la plaça del Rei no tenían parangón. Patricios, menestrales, mujeres con niños en brazos, campesinos de paso, clérigos, cuadrillas de estudiantes vocingleros, indigentes... Había en ella una nutrida representación de todos los estamentos y sectores de la sociedad. Nadie quería perderse el acontecimiento de la

jornada. Tras el frío intenso y descarnado de las fiestas navideñas reinaba aquel día una extraña bonanza que acariciaba la superficie de los cuerpos y de las piedras, y el público, ávido de espectáculos truculentos, había acudido dispuesto a disfrutar sin tener que sufrir extremas inclemencias del tiempo. La concurrencia de tantos curiosos favorecía la presencia de representantes de los gremios ambulantes, parásitos eternos de las muchedumbres, como prostitutas, mendigos o vendedores de fritangas. Cuando llegué a la plaza, el lugar era ya una fiesta bulliciosa. El jaleo tenía que oírse por lo menos en el pla d'en Llull, al final del Born. Admito que no me he distinguido nunca por ser previsor ni mucho menos puntual, pues de serlo llevaría ya rato aguardando la llegada del reo. Aun así, y pese a la elevada concurrencia, a fuerza de abrimme paso con los codos entre unos y convencer a otros de mi imprescindible misión relatora, había conseguido situarme en un lugar privilegiado, en la segunda fila, detrás de los allegados y de las autoridades gremiales, apretujado entre dos hombres corpulentos y hoscos. Con todo, fui afortunado, porque a continuación empezó a llegar más gente y la aglomeración fue tal que habría sido imposible atravesarla. A mis espaldas, en medio de la multitud compacta, pronto se empezaron a oír gritos: «¡*Via fora*, ladrón!», «¡Viva el rey Felipe! ¡Muerte a los facinerosos!». Pero también había voces que, encubiertas por el gentío, discrepaban de la mayoría y proferían vivas a los *nyerros* o pedían clemencia para el condenado. Vista desde el mirador del palau del Lloctinent, la plaza tenía que parecer un mar de cabezas. En el curso de mi larga existencia, solo en una ocasión la multitud que ese día se arremolinaba frente al cadalso se había visto superada en número: había sido unos años atrás, en el Born, en un auto de fe ciudadana en el que se anunció la quema de un puñado de brujas y herejes.

Había gente por doquier, de toda edad y condición. La turba, como cerdos en una pocilga cuando se les lanza un cubo de restos de comida, se apelotonaba de pie a lo largo y ancho de la plaza, con la mirada clavada en el patíbulo, sin pudor alguno por el contacto corporal, ni escrúpulos ante el olor grasiento que unos y otros despedían, sin un atisbo siquiera de compasión por quienes ocupábamos las primeras filas y éramos víctimas constantes de los empujones que nos precipitaban hacia los oficiales. Ellos, apostados frente al cadalso, contenían al tumulto e impedían su avance. Huelga decir que todas las miradas estaban puestas en lo que acontecía en el entarimado que, a modo de patíbulo, se había montado sobre la escalera que conducía a la entrada del Tinell, debajo de un arco de medio punto que confería a la escena un toque teatral de solemnidad. Los balcones de la parte alta del *palau* y las hileras de las ventanas de la torre, conocida como el mirador del rey Martí, estaban abarrotados de funcionarios de la Real Audiencia, esto es, jueces, magistrados y secretarios, que entonces ocupaban las dependencias. Aunque para gozar de una buena vista tenían que torcer un poco el cuello, al menos podían disfrutar de la función sin empujones. También las ventanas del palau del Lloctinent estaban abarrotadas de agentes reales y de autoridades de rango superior que no querían perder detalle de la victoria sobre el más feroz de todos los hijos de perdición a los que habían tenido que dar caza.

En un pequeño balcón de aquel insigne edificio estaban tres de los hombres más poderosos de Barcelona; una pequeña reunión de prohombres que en aquel momento me pareció muy natural, pero que con el tiempo he interpretado desde una nueva perspectiva. Vislumbré la barba y el rostro ufano de don Aleix de Marimon, el gobernador de Cataluña, que, vestido de oscuro y con

la cruz de Santiago, se hurgaba la nariz con fruición. A su lado, henchido también de satisfacción, estaba el mismísimo don Enrique de Aragón Folch de Cardona y Córdoba, duque de Cardona y de Segorbe, a la sazón virrey y máxima autoridad real del Principado. Detrás de ellos, de pie, me pareció atisbar la silueta enjuta de don Ramon de Sentmenat, vicario general de la diócesis de Barcelona, de quien se decía que acumulaba más poder que el propio obispo. Si alguien entonces me hubiera dicho que en menos de un año conocería y trataría a dos de aquellos hombres no me lo habría creído y, además, se me habría revuelto el estómago.

Ajeno por completo a aquella reunión de personajes ilustres, el populacho estaba en todas partes. El acceso a la plaza se hizo imposible y los callejones de alrededor se convirtieron en un torrente humano. Por eso, incluso en los tejados de la capilla de Santa Àgata y de los edificios inmediatos había jóvenes imprudentes que, empeñados en no perderse el espectáculo, habían preferido encaramarse ahí arriba para observar con detalle el final de Serrallonga, aunque fuera poniendo en peligro su vida y la de la gente sobre la que podían caer. Había uno especialmente temerario que, sentado a horcajadas sobre una gárgola, como un jinete, se tambaleaba mientras voceaba mofas y consignas propias del bando *cadell* que indignaban a un sector minoritario del público.

En lugar de pasearlo a caballo montado sobre la silla de los condenados, esta vez el reo había sido conducido en un carro de dos ruedas tirado por un rocín muy flaco, precedido por el jesuita confesor y escoltado por una decena de soldados con alabardas al hombro. Lo habían exhibido como un monstruo de feria desde la prisión, pasando por la calle Corretgeria y hasta la plaça del Rei, encadenado con grilletes como si fuera un vulgar ladrón. Iba sucio; llevaba el torso desnudo, repleto de cicatrices —unas anti-

guas y otras recientes—, dispuesto para recibir más. El fino bigote apenas se le veía detrás de la barba oscura que le había crecido durante el tiempo que llevaba entre rejas. Habría pasado por un perulario de no ser por su porte altivo y el rictus circunspecto que le definía el rostro y le daba, en cierto modo, un aire honorable de patricio caído en desgracia. Llevaba una venda atada a la cabeza que le cubría la herida que le habían hecho al capturarlo. Y, finalmente, tenía aquella mirada oscura y perdida que acostumbran a mostrar en sus últimas horas los condenados a muerte. Cuando el séquito ejecutor entró en la plaza se hizo un silencio grave y denso que rompió el canto calmo de un anciano ciego que, sin advertir la llegada de la procesión de la muerte, continuó recitando unos versos que se habían vuelto muy populares en los últimos días:

Les ninetes ploren,  
ploren de tristor,  
perquè en Serrallonga  
és a la presó...<sup>5</sup>

Las palabras resonaron en la plaza como si hubieran surgido del corazón de las piedras y, al oírlas, más de uno palideció al creer que así era. Pero aquel sortilegio fue roto por el granuja de la gárgola, que, con el puño en alto y el rostro desencajado, interrumpió al ciego al grito de «¡Muerte al ladrón!». Bramó con tal fuerza que estuvo a punto de perder el equilibrio. Al instante fue coreado por un nutrido grupo del gentío. Entre los más entusiastas en secundar el barullo e insultar al proscrito se encontraba uno de los

5. Las mocitas lloran, / lloran de aflicción, / porque Serrallonga / está ya en prisión...

energúmenos exaltados que yo tenía al lado; aquella mole de carne agitaba cada dos por tres los brazos en alto para acompañar sus improperios contra Serrallonga y se revolvía sin contemplaciones, aumentando de ese modo la presión asfixiante sobre mi cuerpo, que en aquellos tiempos todavía estaba bastante tierno.

Seguramente os preguntáis qué hacía yo allí delante, soportando empellones, oliendo pestilencias y contemplando un ajusticiamiento que no me incumbía. ¿Quién me mandaba meterme ahí?

El motivo de todo aquello, la causa por la que toleraba resignado el roce repulsivo de mi vecino y tenía a unos pasos al demarcado Serrallonga instantes antes de que se activase contra él la maquinaria justiciera del virrey, era lo que para mi persona, Pere Vila i Quintana, más se parecía a un trabajo, y lo que para mis padres, en sus propias palabras, no era más que el entretenimiento caprichoso de un muchacho consentido. Ocasionalmente yo trabajaba para el impresor y erudito Jaume Romeu, que tenía un taller en la plaça de Sant Jaume; él me había encargado que no me perdiera ni un detalle de la ejecución, que escribiera una relación de unas pocas páginas y que se la hiciera llegar cuanto antes para componer luego el habitual opúsculo plegable y difundirlo aquel domingo a la puerta de las iglesias. Me pagaba una miseria, lo admito, pero la verdad es que yo no necesitaba su dinero. De hecho, habría trabajado gratis para él y me daba por bien pagado con la satisfacción de desplegar las cuatro u ocho páginas de la hoja y ver mis palabras impresas, o de tropezar por la calle con alguien absorto en la lectura de una relación surgida de mi pluma. Por aquel entonces, esta práctica informativa venida de Francia empezaba a ser habitual, pero se generalizaría unos años más tarde, en el curso de la guerra contra los castellanos. Entonces, compaginando esa

labor con mis ocupaciones como jurista, llegaría a cubrir la mayoría de los acontecimientos en las relaciones y las gacetas semanales del propio Romeu, unas hojas volantes que daban noticia a los barceloneses sobre lo que ocurría en Cataluña y en el mundo, y que yo mismo vendería los domingos en la puerta de la iglesia de Santa María del Mar, demostrando así a todo el mundo y, en particular, a mi padre —que oía misa en aquel imponente templo del barrio de la Ribera— que aquel trabajo era mi auténtica vocación.

Sin embargo, en el año treinta y cuatro, tenía ocasión de escribir estas relaciones muy de cuando en cuando. Ni la actualidad ni el interés de los barceloneses daban para más. De hecho, antes de aquel día de enero en el que se inicia esta historia, no llevaba escritas ni un par de docenas. La primera la redacté en un período de total carestía, en noviembre del año treinta, cuando empezaba a estudiar leyes en el Estudi General, en lo alto de la Rambla. Describí la llegada solemne del duque de Cardona y de Segorbe a Barcelona para ocupar el cargo de lugarteniente del Principado, así como el juramento que hizo del cargo el nuevo representante de la Corona, que se declaró dispuesto a resolver el problema del hambre y el bandolerismo. A partir de entonces abordé los temas habituales: la reanudación de las Cortes Generales, el nombramiento del cardenal infante Fernando de Austria como virrey, o el testimonio verídico de un hecho de armas de los tercios de Flandes.

Con todo y pese a la actualidad del tema, mi relación no sería la primera que se imprimiría sobre Serrallonga. Ya desde su captura habían salido unas cuantas en forma de romance y en castellano de la estampa de Esteve Lliberós. En cualquier caso, yo esperaba que la mía fuera la más honesta.

Mis padres se acusaban mutuamente de que yo hubiera dejado el Estudi General para dedicarme a una actividad tan vulgar. Mi

madre, cuando tenía que justificar a su único hijo ante parientes y conocidos, afirmaba que mis veleidades literarias, igual que la facilidad con que me dejaba llevar por las pasiones menos virtuosas, eran producto, sobre todo, del autoritarismo paterno. Argüía que, a menudo, la juventud se rebela contra las posturas demasiado imperativas de sus progenitores. Según ella, por lo tanto, había sido mi padre, un notario afamado, severo hasta el despropósito, el responsable de mi rebeldía y yo hacía lo que hacía solo para contrariarle. Por su parte, mi padre, indignado, protestaba y atribuía mi poco juicio a un exceso de protección materna, dado que yo era el único hijo superviviente de los cinco que su mujer había alumbrado, de los cuales ninguno, excepto yo, había superado los dos meses de vida. En su opinión, esa circunstancia había afectado al buen juicio de su desdichada esposa, la cual me había convertido en un joven consentido, acostumbrado a vivir a cuerpo de rey y a hacer todo lo que me venía en gana. La culpaba de haberme malcriado y de propiciar mi inclinación hacia el arte de explicar hechos auténticos —patrañas, por decirlo en sus palabras—, mi afición a visitar tabernas y teatros, y mi desinterés por el mundo de las leyes. Mi padre lamentaba, además, que, después de un sinfín de generaciones de ilustres notarios Vila, cuyo número se perdía en las tinieblas del tiempo, la tradición familiar se rompiera por culpa de aquel insensato hijo suyo. A menudo los dos discutían por este motivo. Se hacían reproches continuamente, pero nunca, que yo recuerde, me preguntaron cuál era mi opinión. Y eso, en realidad, fue una suerte, porque yo no habría sabido qué contestar.

El caso es que, pese a la oposición de unos padres excesivamente pendientes de mi futuro, yo iba a lo mío —a cuenta de ellos, claro está— y nada de lo que decían me afectaba demasiado. Por eso aquel día me encontraba apretujado entre un grupo de bárba-

ros en la plaça del Rei, a punto de ser testigo de la muerte de un hombre que, pocos años más tarde, se convertiría en leyenda.

En medio del barullo, el ciego seguía cantando:

Les ninetes ploren,  
bé poden plorar,  
que a en Serrallonga  
el van a matar.<sup>6</sup>

El prisionero fue conducido hasta el centro del cadalso y, mientras un sayón engrasaba el látigo con sebo de cerdo y comprobaba con el pulgar el filo del hacha, un funcionario de la Audiencia empezó a leer en voz alta la sentencia dictada por el relator y juez de la Curia Real. El silencio, solo roto ahora por el soniquete del lector, volvió a generalizarse. Incluso el anciano ciego se volvió además mudo, y el pipiolo de la gárgola estaba quieto y callado, pendiente de lo que ocurría abajo, en el centro del patíbulo.

Tras la lectura de la sentencia, estalló una ovación y unos oficiales colocaron a Serrallonga de rodillas, con el perfil vuelto hacia la concurrencia y encarado además hacia el palau del Lloctinent, abrazado a un madero y con las manos atadas. Aquella postura humillante agradaba a quienes además de justicia buscaban venganza o habían acudido allí solo para ver cómo un hombre era rebajado a la categoría de animal. Entonces, para satisfacción de buena parte del público, estalló el primer latigazo, seco y desgarrador. Aquel sonido espeluznante se difundió como un eco por la plaza atestada de miradas brillantes y ávidas. El cuero ya había mordido la carne. A la exclamación general le siguieron algunas

6. Las mocitas lloran, / bien pueden llorar, / que a Serrallonga / lo van a matar.

voces de estremecimiento fingido. Detrás de mí, una mujer tomó aire apretando los dientes, con el cuello tenso, el ceño fruncido y los ojos entrecerrados, como si la hubieran azotado a ella y eso, además de dolor, le hubiera provocado placer. Los nueve latigazos que siguieron dejaron la espalda del bandolero en carne viva. Sin embargo, en tanto duró aquel suplicio no dejó oír ni una palabra de su boca, ni siquiera un gemido contenido de dolor que, dadas las circunstancias, nadie hubiera interpretado como una muestra de desfallecimiento y, menos aún, de debilidad, porque incluso Aquiles o Perseo en una situación como aquella habrían proferido alaridos temibles. Se mantuvo imperturbable, con la mirada altiva y fría, clavada en la nada, aunque en un par de ocasiones me pareció que dirigía una mirada orgullosa hacia el balcón donde estaban apoltronados el virrey y el gobernador de Cataluña junto con el canónigo Sentmenat.

Sin apartarlo de donde se encontraba, el verdugo lo asió entonces por el cabello y, con un cuchillo, le rebanó primero la oreja izquierda y, a continuación, la derecha. Tampoco entonces, para decepción de muchos, Serrallonga dejó oír grito alguno de dolor. Al cabo de una decena de latigazos su carne, ya insensible, era más del otro mundo que de este. Además, le habían desorejado como si fuera un vulgar ladronzuelo y aquello, sin duda, le afligía más el alma que el cuerpo. La escena me impresionó vivamente. No era la primera vez que asistía a este tipo de actos. Había presenciado docenas de castigos públicos, pero nunca antes había visto a alguien soportar con tanta serenidad la flagelación y el corte de orejas, y menos aún desde tan cerca. Aunque apenas era capaz de tenerse en pie, logró mantener la cabeza erguida mientras lo volvían a subir al carro a fin de, tal y como ordenaba la sentencia, pasearlo engrillado por algunas calles de la ciudad, donde conti-

nuaría siendo azotado hasta cien veces. Era opinión general que quienes no habían podido acceder a la plaza tenían tanto derecho como cualquier otro a ver mutilado y expuesto al escarnio público al bandolero más buscado de cuantos señoreaban las montañas y caminos de Cataluña. Siguieron el recorrido de los grandes desfiles. Tomaron la calle Bòria abajo, continuaron por la calle de Montcada hasta el Born, rodearon la iglesia de Santa Maria del Mar y luego enfilaron de nuevo hacia la vieja plaça del Blat por la calle Argenteria. Cuentan quienes quieren convertirlo en mártir, y a fin de cuentas todo el mundo tiene derecho a arrimar el ascua a su sardina, que justo antes de atravesar la vuelta de la calle Davallada de la Presó contempló la imagen de santa Eulalia que hay encima del portal, en una hornacina, y se santiguó con devoción. Al rato, la comitiva volvía a estar en la plaça del Rei y el reo, con cara de alienado, sobre el patíbulo. Faltaba solo la última parte de la ejecución. Fue entonces cuando el condenado abrió la boca por vez primera y no fue para proferir un grito, ni para articular siquiera una queja. De las palabras que pronunció apenas logramos discernir unas pocas quienes más cerca estábamos. Estaba débil y por eso hablaba despacio y muy quedo. Por otra parte, lo que decía parecía haber sido dictado por el delirio:

—Vuela, ruiseñor, vuela lejos.

A continuación, sin hacer caso a esas palabras enigmáticas, le colocaron la cabeza sobre el tajo de madera, le apartaron a un lado los cabellos para dejar al descubierto el cuello y el verdugo —habiendo pronunciado la consabida fórmula de «Perdóname, hermano, me limito a cumplir con mi oficio»— enarboló el hacha para luego desplomarla y terminar su cometido de un solo golpe, limpio y definitivo.

El viejo invidente volvía a cantar:

Les ninetes ploren,  
bé poden plorar,  
que a en Serrallonga  
l'han d'esquarterar.<sup>7</sup>

Aunque aún pervivirían algunos restos del bandolerismo, como ocurre todavía hoy en ciertos lugares accidentados, Serrallonga puso el colofón a una abultada lista de jefes de cuadrilla que habían sido algo más que meros ladrones de camino real. Él había sido el último y, a la vez, el más destacado de esos facinerosos de renombre, el único que incluso hoy, desfigurada su imagen por completo debido al paso del tiempo, sigue en boca de todo el mundo, ya en forma de canción o como anécdota legendaria. Incluso en los corrales madrileños se representa en torno a su figura una obra de teatro en castellano y en verso. ¿Y qué ha sido de los demás? Ni siquiera entonces se hablaba ya del sacerdote y bandolero Antoni Roca; el *nyerro* Rocaguinarda servía desde hacía años en los tercios reales de Italia y, si se le recordaba, era debido, sobre todo, a que el gran Cervantes lo había mencionado en su *Quijote*; Trucafort, el feroz *cadell*, había sido sentenciado en el año dieciséis; y los Margarit también habían sido ejecutados cuando nuestro hombre apenas iniciaba su reinado y les tomaba el relevo. Hoy todos ellos se desvanecen en las brumas del recuerdo. La imagen de Serrallonga, en cambio, ha pervivido un buen número de años —y quién sabe si no pervivirá durante siglos— en la memoria de los catalanes.

Me ahorraré describir los detalles del descuartizamiento, pues

7. Las mocitas lloran, / bien pueden llorar, / que a Serrallonga / lo van a descuartizar.

## SERRALLONGA, EL ÚLTIMO BANDOLERO

la exposición hasta ahora ya ha sido suficientemente desagradable. En cualquier caso, valga decir que el castigo se cumplió hasta el final de forma diligente. Joan Sala, alias Serrallonga, falleció en torno al mediodía de aquel apacible día de enero, manteniendo en el rostro la mirada fría y orgullosa con que todos los allí presentes, por siempre jamás, lo recordaremos. Algunos, además, vimos rodar su cabeza a la vez que cavilábamos acerca de sus últimas y singulares palabras.

¿Qué demonios había querido decir aquel infeliz condenado a muerte con aquello del ruseñor?